

ORACIÓN ECUMÉNICA DE 13 DE NOVIEMBRE DE 2025

La dignidad de los hijos de Dios

Dios ha otorgado a cada ser humano un valor integral. Fue Él quien, desde el inicio, te pensó y creó con la capacidad de razonar y amar, a tu Creador y a tus hermanos. Estas características, se las proveyó a todo ser humano, libre y plenamente amado. «Dios no hace acepción de personas» (Hech 10, 34; Rm 2, 11; Ga 2, 6) porque todos los hombres tienen la misma dignidad de criaturas a su imagen y semejanza. Y con esa dignidad, estamos llamados a una vida de abundancia. “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Juan 10,10).

Música: Vida en abundancia (Coro Pascua Joven San Isidro)

<https://www.youtube.com/watch?v=GkiNi5EdcRU>

El ser humano, más que cualquier otro ser, es uno que integra una dimensión inteligente y espiritual al carácter biológico, propio de todo organismo. Estas tres dimensiones se entrelazan estrechamente y con nula posibilidad de separarse. De hecho, en el Concilio Vaticano II se afirmó que el hombre es la única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma. (Gaudium et Spes, 24, 3) Solo él está llamado a participar, por conocimiento y amor, en la vida de Dios mismo. Para este fin ha sido creado y esta es la razón fundamental de su dignidad.

Así, creados a imagen y semejanza de Dios, cada rostro humano se convierte en un ícono vivo ante su Creador. Esta imagen divina no solo fundamenta la dignidad personal, sino que también es la raíz de la fraternidad esencial entre todas las personas, sin distinción de raza, nación, sexo, origen, cultura o condición social. La misma Encarnación del Hijo de Dios revela de manera luminosa esta igualdad radical: «Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús» (Ga 3,28; Rm 10,12).

En Él, toda humanidad encuentra su unidad, su vocación y la plenitud de su dignidad.

LECTURAS BÍBLICAS

Del libro de los Salmos (139)

Señor, tú me sondeas y me conoces. ²Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos; ³distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares. ⁴No ha llegado la palabra a mi lengua, y ya, Señor, te la sabes toda. ⁵Me estrechas detrás y delante, me cubres con tu palma. ⁶Tanto saber me sobrepasa, es sublime, y no lo abarco. ⁷¿Adónde iré lejos de tu aliento, adónde escaparé de tu mirada? ⁸Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro; ⁹si vuelo hasta el margen de la aurora, si emigro hasta el confín del mar, ¹⁰allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha. ¹¹Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra, que la luz se haga noche en torno a mí», ¹²ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día, la tiniebla es como luz para ti. ¹³Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. ¹⁴Te doy gracias porque me has plasmado portentosamente, porque son admirables tus obras: mi alma lo reconoce agradecida, ¹⁵no desconocías mis huesos. Cuando, en lo oculto, me iba formando, y entretejiendo en lo profundo de la tierra, ¹⁶tus ojos veían mi ser aún informe, todos mis días estaban escritos en tu libro, estaban calculados antes que llegase el primero.

Música: Tú me conoces (Hermana Glenda)

<https://www.youtube.com/watch?v=ICT63gOXbUI>

De la carta de San Pablo a los Gálatas (4,6-7)

Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡Abba, Padre!». Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios.

La dignidad en *Fratelli tutti*

La palabra “**dignidad**” resuena con fuerza en la encíclica *Fratelli tutti* (2020) del Papa Francisco, apareciendo en ella en 65 ocasiones. No es casual: en este documento, la **dignidad humana** es presentada como el fundamento sagrado de la **fraternidad universal**, recordándonos que toda persona - más allá de su origen, condición o creencias - lleva impresa la **huella divina** que le confiere un valor intrínseco, inviolable e inalienable. Esta dignidad, don del Creador, reclama que se custodien los derechos de cada ser humano y que nuestras sociedades se edifiquen con la persona en el centro, rechazando toda forma de discriminación, exclusión, esclavitud y violencia.

La encíclica invita a acoger un espíritu de **solidaridad** y de **amistad social**, como camino para derribar muros y sanar heridas, construyendo un mundo más justo según el querer de Dios. Nos recuerda que esa dignidad es **inherente**, porque nace del reconocimiento de que todos somos **hijos e hijas de un mismo Padre**; y esta filiación nos otorga una igualdad esencial, una dignidad que no puede ser renunciada ni disminuida por ninguna circunstancia exterior.

Asimismo, la misma encíclica no se cansa de denunciar los múltiples **atentados contra la dignidad humana** que oscurecen la fraternidad: los dramas migratorios, la agresividad que invade incluso los espacios digitales, las nuevas formas de esclavitud, la trata de personas, el comercio de órganos, los nacionalismos cerrados y violentos, el desprecio por los diferentes, las vidas marginadas, descartadas u olvidadas. Todas estas realidades revelan una resistencia a la gracia, nacida de la ilusión engañosa de **creernos omnipotentes** y olvidar que **todos navegamos en la misma barca** (FT, 30), que **nadie se salva solo** (FT, 32).

La comunidad LGBTQIA+ y la dignidad negada en las iglesias

En muchas comunidades eclesiales, las personas LGBTQIA+ ven negada o cuestionada su dignidad de manera constante. Sin embargo, esta dignidad - que es un don divino y no una conquista humana - pertenece por igual a todos los hijos e hijas de Dios, sin excepción y sin distinción alguna.

Negar la dignidad de cualquier persona es olvidar el corazón del Evangelio, que reconoce en cada ser humano la imagen viva del Creador. Cuando una comunidad excluye, humilla o silencia a quienes forman parte de la diversidad humana, no solo hiere a esos hijos de Dios, sino que también hiere el rostro de Cristo, presente en cada uno de ellos.



La Iglesia está llamada a ser casa de acogida, espacio de misericordia y lugar donde cada persona pueda experimentar el amor que Dios le tiene. Por lo tanto, reconocer la dignidad de las personas LGBT no es una concesión, sino una exigencia evangélica. Es afirmar que nadie está fuera del abrazo de Dios, que nadie pierde el derecho a la ternura, al respeto y a la comunión.

Solo cuando todas las personas son tratadas como hijos amados - con su historia, su sensibilidad y su camino particular - la Iglesia se convierte realmente en signo del Reino: un lugar donde la dignidad no se concede, sino que se celebra como un don que Dios derrama sobre todos por igual.

La dignidad y la vida en abundancia: claves para compartir

La dignidad de ser hijos de Dios nos abre a la promesa de una vida en abundancia. Esa expresión “vida en abundancia” no se refiere primero a tener “más cosas”, sino a una plenitud interior que solo brota de saberse amado, llamado y acompañado por Dios. Para nosotros, puede significar varias cosas muy concretas:

1. Vivir desde una identidad segura

Saber que eres hijo/a de Dios significa que tu valor no depende de tus logros, de la mirada ajena ni de tus fragilidades. Tu dignidad no aumenta cuando triunfas ni disminuye cuando fracasas. Eres amado en tu raíz.

2. Experimentar una paz que el mundo no puede dar

La vida en abundancia es una existencia habitada por la paz del Espíritu, incluso en medio de luchas, contradicciones o incertidumbres. Es vivir sin sentirte solo, porque sabes que Él camina contigo.

3. Amar y ser amado de un modo nuevo

Ser hijo de Dios abre la capacidad de amar como Cristo ama: con misericordia, paciencia, perdón y gratuidad. La abundancia no es “tener más”, sino **amar más y mejor**.

4. Encontrar sentido a tu vida

La abundancia espiritual es descubrir que tu vida tiene un propósito: *ser reflejo del amor de Dios*, contribuir al bien, sembrar esperanza, construir fraternidad.

5. *Vivir libre*

La dignidad de hijo/a te libera del miedo, de las falsas dependencias, de la necesidad de agradar a todos. Te permite elegir lo que conduce a la verdad, al bien y a la belleza.

6. *Ser capaz de esperar*

La abundancia también es esperanza: saber que tu historia no está abandonada al azar, sino guiada por un *Padre* que hace nuevas todas las cosas.

PADRE NUESTRO

ORACIÓN COMUNITARIA

Señor Jesucristo, movidos por el Espíritu Santo, imploramos tu protección e intercesión ante el Padre por toda la comunidad LGTBI, por todas las personas que no se aceptan a sí mismas, que sufren en soledad, que son perseguidas por su orientación sexual o su identidad de género y que no son aceptadas en su entorno más cercano.

También te damos gracias y te pedimos por CRISMHOM, para que construyamos tu Reino y seamos luz y faro de nuestra comunidad LGTBI+H de Madrid. Amén.

BENDICIÓN

El Señor nos bendiga y nos guarde, nos muestre su misericordia, vuelva su rostro a nosotros y nos conceda la paz. Amén